
 Este libro pertenece a: 

---



# Un tesoro para siempre

Por: Evelin Cáceres Castellanos

Ilustrado por Máximo Montero, Alpha Eve

© Todos los derechos reservados. 2023 Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en República Dominicana.

Corría el mes de enero y como cada año, Jenny volvía con sus padres a pasar las vacaciones de invierno en las cálidas aguas de nuestra bahía de Samaná.

Hasta ahí había llegado también, desde Nagua, la familia de Lucas para participar de la excursión al santuario donde podrían avistar las famosas ballenas jorobadas.

¡Lucas estaba feliz! Era su primera aventura en alta mar. A bordo del catamarán que lo llevaría a ver a los enormes mamíferos, la guía les explicó que debían esperar pacientemente a que las ballenas "aparecieran".



De repente ahí estaba. ¡Era Jenny!  
Dio un salto enorme y se dejó caer boca arriba sobre el océano.

**-¡Wowwww! ¡Qué grande!**

— Exclamó Lucas, muy sorprendido por el tamaño de Jenny.


Pero la guía le dijo: Y eso que es solo una pequeña ballenita.

Estos magníficos animales viajan cada año miles de kilómetros, desde las frías aguas del norte hasta nuestras costas para aparearse y dar a luz a sus crías.

Por desgracia, están en peligro de extinción, debido a la caza indiscriminada y los plásticos y residuos que la gente arroja al mar, que contaminan su ecosistema.


Lucas entendió que unos animales tan bonitos y simpáticos deben ser protegidos y cuidados y se prometió que nunca tiraría basura en las playas ni en el mar.






Luego de almorzar un delicioso pescado en Cayo Levantado, fue a recorrer los puestos cobijados de cana, donde vendían toda clase de recuerdos de la experiencia.

Pero lo que cautivó a Lucas fue una ballena de peluche idéntica a Jenny, así que fue corriendo donde sus padres a pedir que se la compraran.



Su papá le dijo: Recuerda que tienes tu mesada. Si tanto te gusta ese peluche, ahorra para que lo compres.



Cabizbajo, Lucas se fue sin mediar palabra, pues aunque le habían sugerido que guardara en su alcancía una porción de lo que recibía semanalmente, no hacía caso y siempre se lo gastaba todo en caramelos y helados.

Muy triste caminaba por la playa, cuando vio que algo se asomaba en el mar.

¡Era Jenny! La ballenita lo saludó.

—Hola, soy Jenny. ¿Cómo te llamas? —

—Me llamo Lucas. ¡Pe- pe-ro tú hablas! — respondió Lucas entre el asombro y la alegría.

—Así es. Soy Jenny, una ballenita especial que puede hablar y hacer muchas cosas como ustedes los niños. Cuéntame qué te pasa— replicó ella.

Lucas le confesó todo a la ballenita.

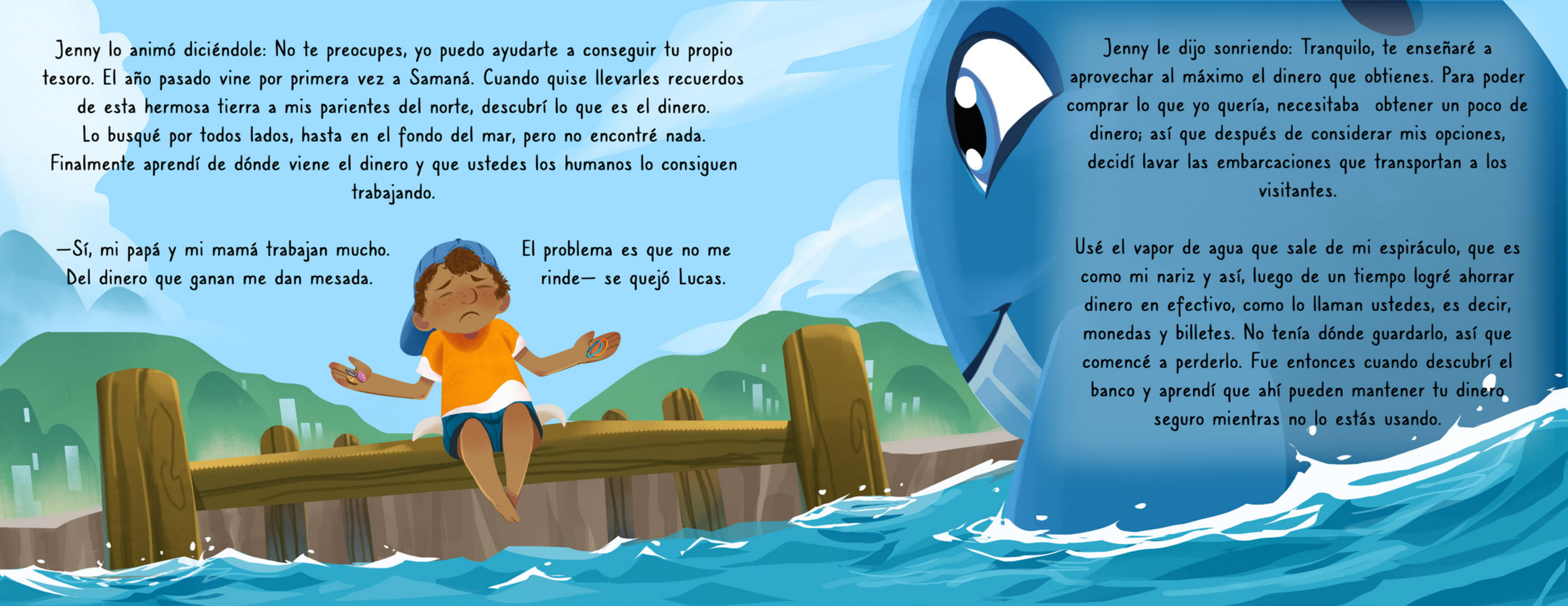
Jenny lo animó diciéndole: No te preocupes, yo puedo ayudarte a conseguir tu propio tesoro. El año pasado vine por primera vez a Samaná. Cuando quise llevarles recuerdos de esta hermosa tierra a mis parientes del norte, descubrí lo que es el dinero. Lo busqué por todos lados, hasta en el fondo del mar, pero no encontré nada. Finalmente aprendí de dónde viene el dinero y que ustedes los humanos lo consiguen trabajando.

—Sí, mi papá y mi mamá trabajan mucho. Del dinero que ganan me dan mesada.

El problema es que no me rinde— se quejó Lucas.

Jenny le dijo sonriendo: Tranquilo, te enseñaré a aprovechar al máximo el dinero que obtienes. Para poder comprar lo que yo quería, necesitaba obtener un poco de dinero; así que después de considerar mis opciones, decidí lavar las embarcaciones que transportan a los visitantes.

Usé el vapor de agua que sale de mi espiráculo, que es como mi nariz y así, luego de un tiempo logré ahorrar dinero en efectivo, como lo llaman ustedes, es decir, monedas y billetes. No tenía dónde guardarlo, así que comencé a perderlo. Fue entonces cuando descubrí el banco y aprendí que ahí pueden mantener tu dinero seguro mientras no lo estás usando.



Fui con mi mami a Banreservas y nos explicaron que el banco te ofrece diferentes productos para manejar tu dinero. Si quieres, puedes ponerlo en una cuenta de ahorros y te depositan un poco más de dinero por tener tu dinero ahí; a eso se le llama interés.

Otra opción son las cuentas corrientes, con las que las personas en vez de usar dinero en efectivo, utilizan cheques y pueden pagar el alquiler, el agua, la luz, el teléfono y adquirir bienes.



Por último están las transferencias electrónicas: a través de éstas el dinero viaja de una cuenta a otra gracias al internet, en la computadora o en una aplicación para móviles o tabletas — continuó Jenny— Es una forma segura y más cómoda que llevar un montón de efectivo en el bolsillo. Además, los bancos, a través de tarjetas de crédito y préstamos, pueden también ayudarte a comprar cosas que son muy costosas o para las que te tomaría mucho tiempo ahorrar, como una casa, un carro, un viaje o tus estudios.

¿Y cuál escogiste? — preguntó Lucas.

—Pues para los niños hay cuentas de ahorros infantiles. Así que, como soy pequeña, abrí una con mi mamá— contestó Jenny.



— Me regalaron una alcancía, donde fui echando lo que me ganaba y cuando se llenaba, iba a depositarlo a mi cuenta. Me entregaron una libreta y además una tarjeta de débito, que es muy conveniente —aseguró Jenny—, así cuando quiero retirar, es decir, sacar dinero de mi cuenta, no tengo que ir hasta el banco, sino que puedo hacerlo en cajeros automáticos o incluso puedo pagar con ella en muchos establecimientos.

— ¡Wow! Eso suena fantástico— exclamó entusiasmado Lucas—. Pero ahora que recuerdo, hace un rato dijiste haber descubierto de dónde viene el dinero.

— ¡Claro! Todo empieza en el Banco Central, donde hacen, o “emiten” billetes y monedas para que la gente los use. Desde allí, el dinero llega a todas partes, a los negocios y de regreso a los bancos.



Es lo que se llama el ciclo del dinero, como un círculo, que donde empieza termina — continuó Jenny. Y añadió:

Imagina que tus padres te regalan 500 pesos por tu cumpleaños. Como has aprendido que en el banco están más seguros, los depositas en tu cuenta de ahorros. Ahora supongamos que llega el día de las madres y quieres obsequiarle unas flores a tu mamá. Así que vas al banco, retiras 200 pesos y te diriges a la floristería a comprarlas. Tus 200 pesos están ahora en manos de la florista, quien entonces va al banco y los deposita en su cuenta.

— ¡Ah! Ya lo comprendo— saltó emocionado Lucas.





—Bien, ahora te ayudaré a lograr tu propósito: comprar ese peluche que tanto te gusta. Lo primero que harás es no gastar toda tu mesada. Guardarás la mitad en tu alcancía. Abre tu cuenta de ahorros en el banco y quincenalmente deposita lo que tengas en la alcancía — le aconsejó Jenny.

—Pero entonces, ya no podré comprar los dulces que tanto me gustan— protestó Lucas.

—A veces tienes que sacrificar algunas cosas para ganar otras mejores. Sólo ahorrando conseguirás aquello que tanto deseas y que no puedes comprar con la mesada de una semana. Además, no dejarás de comprar lo que te gusta, gastarás la mitad de tu mesada en los dulces, recuerda... —replicó Jenny.

—Bueno, está bien. Pero tendré que esperar mucho para ahorrar lo que necesito — Insistió Lucas, poco convencido.



—Piensa en qué actividad puedes hacer para ganar dinero adicional — le recomendó Jenny.

—Mmmm... ¡Podría hacer galletas en casa con la ayuda de mi mamá y venderlas en el colegio! — propuso con una gran sonrisa Lucas.

—Genial, muy buena idea. Y lo mejor, es que te permitirá lograr tu meta antes de lo que te imaginas. Eso si, sin descuidar tus estudios y siempre haciendo tu tarea primero— recalcó la ballenita.

— ¡Claro Jenny! ¡Así será! — prometió Lucas y despidiéndose, regresó a su casa.



Al día siguiente, su papá lo acompañó al banco y abrieron su cuenta de ahorros para empezar a poner en marcha el plan de Jenny.

Daba gusto verlo enfocado en su propósito. Incluso había entendido que no era necesario comprar tantos dulces.



Estaba decidido a lograr su meta.



Llegó el mes de marzo. Lucas le pidió a su papá que revisaran su cuenta de ahorros en la aplicación del banco, para conocer el balance de su cuenta.

Tanta fue su alegría al escuchar que no solo había ahorrado el dinero que necesitaba para el peluche, sino, que hasta un poco más, que lanzó un gran grito de la emoción. Le pidió a su papá que lo llevara hasta la sucursal más cercana del banco a retirar lo que le hacía falta para junto a lo que había ahorrado en la semana, comprar lo que tanto quería.



El fin de semana siguiente, la familia de Lucas repitió la excursión a la bahía.

El corazón del niño iba rebotando de alegría. Miraba de un lado a otro esperando avistar a Jenny, pero, ni ella ni ninguna otra ballena se dejó ver esa mañana.



Llegó al cayo, y aunque se sentía un poco triste por no haber podido ver a Jenny, se animó al recordar el propósito de su viaje y corrió hasta el puesto aquel donde vendían los peluches que tanto habían llamado su atención.

TIENDA



Al realizar la tan esperada compra, sintió una mezcla de orgullo y alegría, por haber logrado su propósito con su propio esfuerzo y sus ahorros.

Caminaba por la playa jugando con su peluche, cuando de pronto vio asomarse a la ballenita y, mostrándole el juguete, gritó emocionado: ¡Lo conseguí, Jenny!

— ¡Bravo! Te felicito. Sabía que lo lograrías— exclamó Jenny, al tiempo que hacía una gran pirueta en el aire, en señal de alegría.

-La llamaré Jenny- le dijo Lucas, refiriéndose al nombre que había escogido para su nuevo juguete. Así siempre te recordaré- continuó.



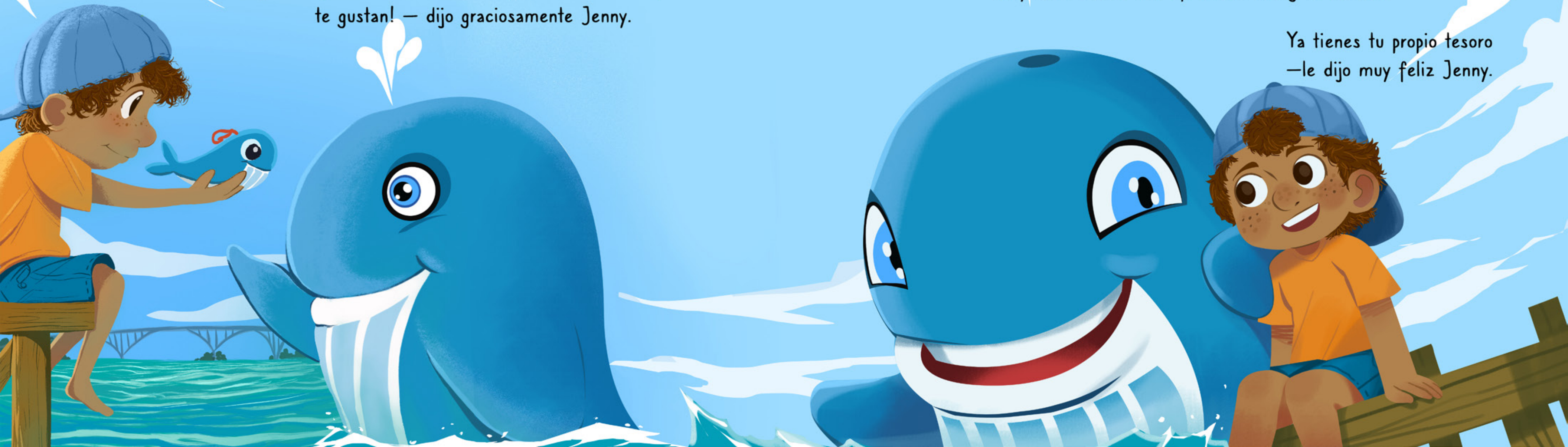
Lucas le contó a su amiga que había ahorrado tanto, que le había alcanzado para comprar el peluche e incluso le había quedado dinero.

— ¡Apuesto que con ese dinero comprarás los dulces que tanto te gustan! — dijo graciosamente Jenny.

—No, Jenny. Voy a seguir ahorrando para comprar una bicicleta, un guante y bate de béisbol, un carro de juguete, entre otras cosas —replicó muy convencido Lucas.

— ¡Muy bien Lucas! Has aprendido una gran lección.

Ya tienes tu propio tesoro  
—le dijo muy feliz Jenny.





Lucas aprendió a planificarse para poder comprar lo que necesitaba o deseaba y reservar siempre una parte para el ahorro. Se propuso muchas otras metas y todas, con disciplina, las logró.

Jenny había ayudado a Lucas a conseguir un gran tesoro, uno que le duraría toda la vida: el hábito del ahorro.

